los otros le perseguían por el jardín, creyéndole descendido.

— ¡Caramba! Eso no lo comprendo, barón. ¿Cree usted que el chiquitín haya huído ante esos miserables?...

¡Yo no puedo creerlo! ¡No; nunca lo creeré!... — añadió el gascón, golpeando fuertemente en la tierra con su pesada bota.

— Ni yo... ni yo... — gritaron á una Amable y Bonifacio, con no menos energía

— ¡Ni yo tampoco, pardiez! — exclamó Helouin á quien esa hipótesis torturaba, — y he ahí, precisamente, lo inexplicable de la cosa.

Sin embargo, se lo repito, no puede menos de haber salido de aquí. De lo contrario, ¿en dónde estaría?

— Es verdad, ¿dónde podría estar? — se interrogaron los tres hombres.

Reflexionaron un momento, y no hallando razón posible para explicarse la desaparición del teniente, se decidieron, aunque con pena, á abandonar el parque é irse á sus domicilios.

XVI

LA VISIÓN

Ya hemos dicho que después de haberse separado de los brazos de Bathilde, el joven se había lanzado á través de las habitaciones, impaciente por alcanzar á la cuadrilla de bandidos.

Pero como había penetrado en casa de Bathilde por una serie de cuartos sumidos en la obscuridad, y no podía, por tanto, ver por donde pasaba, en vez de tomar de nuevo el camino que le había hecho seguir Clarita, salió, sin darse cuenta, de la parte del palacio anexa á las habitaciones de la joven y se internó en salas y pasillos interminables en los cuales se extravió por completo.

La condesa Aurora de Lagardère residía en la parte delantera ocupando sólo las piezas que le eran estrictamente indispensables, es decir, cinco ó seis cuartos á lo sumo.

Los criados de uno y otro sexo afectos á su servicio habitaban también aquella parte, y muy próximos á ella.

Eran viejos sirvientes que la habían acompañado á Lorena, cuando ella fué á vivir con su madre, la duquesa viuda de Nevers, y á los cuales consideraba más bien como amigos que como á gentes asalariadas.

La única que residía apartada era Bathilde.

En la época del regreso de Aurora á París, la señorita de compañía quiso volver á ocupar su antigua mansión, contigua á la de la condesa.

Pero ésta, á quien no agradaba tener en su intimidad á una persona contra la que existía la terrible acusación lanzada por el barón de Posen, invitó á la joven á quedarse en donde estaba, pretextando que, dada su edad, necesitaría algo más de libertad que antes, y que, además, no le impediría eso reclamar su presencia en cuanto lo desease.

Bathilde, que sólo había hecho aquella proposición por deferencia, guardóse muy bien de insistir, pues conveníale permanecer aislada como estaba.

El centro del hotel estaba pues completamente inhabitado, y en esa especie de desierto era donde se había extraviado Felipe.

Impetuosamente al principio, bajo el impulso inicial que le había imprimido el furor, recorrió parte de su extensión; pero, poco á poco, la oscuridad y el silencio que allí reinaban, calmaron el ardor de su sangre, apaciguaron sus nervios sobreexcitados, y, sin fijarse, había refrenado su marcha, haciendo menos ruidosas sus pisadas, acabando por andar muy lentamente y de puntillas.

¿Á dónde estaba?

¿En qué morada había penetrado?

No necesitamos decir que no tenía la menor idea de ello.

Las inmensas salas que recorría, los largos corredores, aquellos pasillos sin fin que seguía indicábanle claramente que era aquella una morada señorial.

Pero, ¿quién era su huésped?

Del segundo piso, en donde no pudo descubrir la menor salida, bajó al primero, por una escalerilla de comunicación que sólo conducía á aquella parte del hotel.

Ya iban sus ojos acostumbrándose á las tinieblas, y los rayos de la luna, que en algunos cuartos penetraban á oleadas, le permitían distinguir bastante fácilmente los objetos que en ellos había.

De pronto, parecióle ser presa de extraña alucinación.

Al ver los muebles y tapices que se le aparecían, creyó reconocer cosas ya vistas por él.

¿Dónde? ¿Cuándo? No hubiera podido decirlo.

Aquello era vago y flotaba en él como las imágenes de un sueño.

Deteníase ante una cortina, ante un mueble, cuyos dibujo y forma evocaban en él recuerdos lejanos, muy lejanos.

Como impulsado por mano invisible, continuaba andando.

No pensaba que podría ser sorprendido, apresado como un malhechor que se introdujera subrepticia-

mente en hogar ajeno; porque la forma en que había entrado en el hotel hubiera podido muy bien hacer que lo considerasen como tal, aunque fuese una persona que habitase en él quien lo había introducido.

No; en nada de eso pensaba.

Las ideas que le asaltaban eran muy distintas.

Parecíale que entraba en un mundo que había él habitado antes, y del que le separaba gran espacio de tiempo.

Sus pasos le condujeron á una habitación de la fachada principal, la que daba á la calle de Francs-Bourgeois.

Era ó debió de haber sido un dormitorio.

Una lamparilla que del techo colgaba, velada con una pantalla de alabastro, casi igual á las que había visto en el cuarto de la señorita Wendel, esparcía una luz débil, como misteriosa.

En el fondo de la alcoba había una cuna, recubierta con una colcha de brocado.

Allí se dirigieron en seguida sus ojos.

— ¡Dios mío! — murmuró — ¿me habré vuelto loco? .. ¡Pues no creo que esta camita era la mía! ¡La rica tela de que está adornada... su estructura... todo esto me parece familiar!...

Obedeciendo á una fuerza oculta, dió media vuelta.

Frente á la cuna, había un retrato de cuerpo entero de un hombre de treinta y cinco años poco más ó menos, de facciones sumamente bellas y cuya expresión altiva y enérgica estaba suavizada por cierto matiz de extremada bondad.

Instintivamente, se descubrió el joven.

— ¿Dónde he visto yo á este hombre? — se preguntó.

Entonces, los ojos del desconocido parecieron animarse súbitamente y dejar caer sobre él una mirada de paternal dulzura, de que él se sentía impregnado... al tiempo que le asaltaba una emoción profunda...

Permaneció largo rato ante el retrato, sumido en un éxtasis de ternura.

En fin, la misma mano que lo había conducido allí, le arrancó de su meditación y le hizo adelantar más todavía.

Pero, antes de marcharse, dirigió la vista á la chimenea, en la cual había el busto en mármol de un niño.

— ¿Dónde he visto yo este niño? — preguntóse otra vez, al tiempo que se le arrugaba la frente por el esfuerzo que hacía en registrar su memoria.

El cuarto en que se hallaba había sido el que ocupó en vida el joven conde Felipe de Lagardère. La desconsolada madre lo había convertido en una especie de capilla del recuerdo, y, como en tiempos de la pasada dicha, todas las noches encendían en él una lámpara para que la condesa viniese á rezar y llorar pensando en los dos ausentes.

Aquel cuarto comunicaba con otro cuya entornada puerta veía el joven teniente.

Dirigióse hacia ella y la abrió del todo.

Esta habitación estaba alumbrada del mismo modo que la primera, pero con algo más de luz.

Junto á la chimenea en donde acababan de consu-

mirse algunas brasas, dormía una mujer tendida en una otomana.

Esta mujer era Aurora de Nevers, condesa de Lagardère.

Aquella noche veló hasta tarde y había despedido temprano á su doncella, diciéndole que ella misma haría su tocado de noche.

Según su costumbre, antes de descansar, había querido rezar por los dos queridos desaparecidos : por el á quien nunca más podría ver... y por el otro, cuyo regreso esperaba tan ansiosamente. Pero habíale rendido la fatiga, y sólo tuvo fuerzas para ir desde su reclinatorio hasta la otomana, en donde se tumbó para dormirse en el acto.

Felipe se acercó á ella... luego se hincó de rodillas.

Saltábale el corazón en el pecho, y á sus labios subía una palabra que hacía muchos años que había olvidado pronunciar.

Miraba á la condesa, contemplábala con respeto y recogimiento, con tierna veneración.

Continuaba su sueño.

¡ También había visto aquel rostro !... ¡ Esas eran las facciones que se le habían aparecido antes que ninguna al registrar Bathilde en sus recuerdos !...

¡ Oh ! ¡ con qué intensa alegría, con cuánto encanto en el alma las contemplaba con sus ojos, nublados ahora por dulces lágrimas !

Al poco rato, agitáronse los labios de Aurora.

Escapóse de ellos un murmullo apenas perceptible, en el que el joven creyó oír el nombre de Felipe.

¡ Felipe ! ¡ su propio nombre !

Sin duda, el sueño que tenía la condesa entraba en una fase penosa, porque su fisonomía, serena al principio, ensombrecíase ahora, y su cuerpo era sacudido por movimientos nerviosos.

— ¡ Qué cobardes !... — pronunció de repente y ahora con mucha claridad ; — ¡ lo han asesinado !... pero tú vengarás á tu padre... ¿ no es verdad ?...

— ¿ Lo vengaré, madre mía ! — respondió Felipe, cual si estuviera él también sumido en un sueño. — Lo vengaré... — ¡ lo juro !...

Mas estas palabras, emitidas en alta voz, rompieron el encanto en que se hallaba, haciéndole volver repentinamente á la realidad.

Y al verse en medio de la noche, en un lugar desconocido, al lado de una mujer dormida que le era completamente extraña y cuyo sueño podía acabar de un momento á otro, fué presa de cierta aprensión, casi de verdadero temor.

Si esa mujer llegase á despertarse y á pedirle una explicación acerca de su presencia ¿ cómo se la explicaría, ya que no podía explicársela á sí mismo ?

Entonces no pensó más que en marcharse lo antes posible y sobre todo sin que le viesen.

Abandonando, pues, el cuarto de la condesa, no sin antes dirigir á ésta una mirada de profunda ternura, pasó al en que estaba el retrato de hombre, al que miró con la misma emoción, y luego continuó su camino á través de habitaciones desiertas, huyendo como si hubiera cometido un crimen.

Afortunadamente, como había una luna espléndida, las vastas salas estaban completamente inundadas de luz y pudo guiarse bastante fácilmente hasta la escalera del jardín, adonde no tardó en llegar.

Un momento después, salía del hotel, aun bajo la impresión del sueño que acababa de tener y olvidando completamente el lazo que le habían tendido lo mismo que á los que lo tramaron.

Hacía ya mucho tiempo que se habían marchado Helouin, Cocardasse y los Passepoils.

Si el joven hubiera estado menos preocupado, hubiera podido ver, en el momento en que franqueaba el pozo, á un individuo que, al distinguirlo, se escondía precipitadamente en el ángulo que la pared del callejón formaba con la fachada del hotel.

Pero tenía demasiadas cosas en la cabeza para observar cualquier cosa, y continuó su camino sin sospechar la presencia del personaje.

— *¡Per Bacco!* — juró este último, así que le vió entrar en la calle de Francs-Bourgeois; — ese que acaba de pasar es el *giovino*... ¿De dónde sale?...

¡Oh! ¡oh! Eso es muy raro y hay que aclararlo. Hablaré de ello á Giam-Batista.

¡Diavolo! ¡menos mal que he tenido la buena ocurrencia de hacerme el muerto!...

Y después de quedarse aún un cuarto de hora escondido, con objeto de que el teniente le tomase mucha delantera, se puso á su vez en marcha.

Poco tiempo después de irse el joven, Aurora se despertó sobresaltada, y levantándose, mirando al

lugar en que había estado aquél arrodillado, exclamó:

— ¡Dios mío! acabo de ver á Felipe... le he visto... ahí... ahí... á mi lado... me ha hablado... he oído su voz que respondía á la mía...

Y llamó:

— ¡Felipe!... ¡hijo mío!... ¿dónde estás?... Ven... ven... al corazón de tu madre.

Alargó los brazos hacia delante... esperando que su hijo corriese á arrojarse en ellos.

Pero ¡ay! el á quien llamaba estaba ya lejos, y sus voces no pudieron llegar hasta él.